

La opereta

-¡Volví, querido! ¿Estás por ahí? ¡No sabés qué desastre el mercado! -
vociferó María al llegar a su casa mientras dejaba las compras sobre la
mesada de la cocina. Con la mano, como si nada, corrió unos trastos viejos
para hacer lugar y abandonar unas lentejas en remojo.

Siempre hacía lo mismo. Tenía la costumbre de entrar a su casa por la
puerta de servicio. Como toda casa colonial, la de los Variafontte tenía dos
entradas: la principal y la de servicio. Por la primera entraban los familiares,
los amigos, las visitas de renombre o los extranjeros ilustres. Una chapita, ya
oxidada, prevenía: *Vendedores y servidumbre entrar por la otra puerta.*
María, si bien era la señora de Variafontte, prefería atravesar el húmedo
pasillo que derivaba en la cocina y así evitar el desértico livingroom con sus
muebles y sus candelabros cubiertos con sábanas polvorientas.

- ¡Arturo! ¡Contestame! Bueno, yo te hablo igual: el mercado, no sabés lo
que era, todo lleno de gente, de chusma. ¡Y cómo me miran de reajo! Es que
no están acostumbradas a que vaya yo. Solían ver a... ¿Cómo se llamaba ésta
última? ¡Ay!, la memoria, la edad. Es que el tiempo todo lo deteriora. ¿Viejo?

Pero Arturo no respondía. El estaba apaciblemente sentado en su vieja
mecedora; movía débilmente su pie izquierdo buscando un suave reclinar.
Cerraba los ojos y no contestaba. Sobre sus rodillas, una manta lo abrigaba de
la brisa del verano. Como de costumbre, pasaba las páginas de Revista Clásica
buscando alguna sinfonía, rezando para que en ese momento no transmitieran
ninguna ópera. Se estaba acomodando el pañuelo que envolvía su alicaído
cuello cuando María entró al comedor. Parecía una tropilla: “¡Que chusmas
que son esas venidas a menos! Me miran como si yo fuese una cualquiera. No
sé qué les pasa. ¿Sabés qué hago yo, Arturo? Me paro en el medio del
mercado, inflo el pecho, y les digo: “¡Señoras, yo soy María Variofontte
Remeglia! ¡Y exijo respeto!”. -¿Hago bien en decirles eso? Decime algo, che -
insistía María. Arturo se inclinó hacia el viejo Winco y apenas alcanzó a rozar
la perilla en busca de una sinfonía que acallara a su mujer.

-Te vas a caer, Arturo, dejá que sintonizo yo- le dijo dándole un golpe seco en la mano, retándolo como si fuera un niño. -¡Il Tabarro, de Puccini! ¡Qué bello, Arturo! ¿Te acordás del día del estreno? ¡Qué emocionante! Creo que fue la opera que más disfruté de toda mi carrera. La recuerdo como si fuera ayer. Todavía tengo la letra de Frugola tallada en mi memoria -Y ahí, inmediatamente, se daba lo que Arturo trataba de evitar a toda costa. Su mujer alzaba sus anchos brazos hacia un público que ya la había abandonado, y cantaba:

*“Ho sognato una casetta,
con un piccolo orticello.
Quattro muri, stretta, sttreta,
e due pini per ombrello.
Il mio vecchio steso al sole,
ai miei piedi Caporale
e aspettar cosí la morte
che rimedio d’ogni male”.*

(He soñado con una casita
con un pequeño huerto.
Cuatro muros, estrechita, estrechita,
y dos pinos para la sombra.
Mi viejo bajo el sol,
y a mis pies Caporale
y esperar así la muerte
que es el remedio a todo mal).

- ¡Ay! ¡Cómo desafino! ¡Pero que mal estoy cantando, Arturo, y vos no me decís nada, no me callás! ¡Qué van a pensar los vecinos! -se lamentaba María, estrujando su pañuelo con sus mullidas manos, ahorcándolo hasta quitarle la última gota de sudor.

Al día siguiente, las primeras planas de algunos diarios amanecieron con la siguiente noticia:

La conocida soprano María Variofontte Remeglia -quien supo ser la primer figura del Coro Real durante la década del 50- fue arrestada en el día de ayer acusada de asesinar a su marido, el famoso empresario teatral Arturo Variofontte, quien padecía de hace tiempo un cáncer terminal de garganta. Se desconocen las razones del terrible suceso, el por qué de semejante tragedia. Si bien la imputada se negó a dar declaraciones a la prensa, sí se tomó el tiempo para cantar las líneas finales de una hermosa y elocuente aria:

¡E aspettar cosí la morte che è rimedio d'ogni male!

Buenos Aires, noviembre de 2007.